

VOLKER HAGEDORN

EL MUNDO DE LOS BACH

LA HISTORIA DE LA FAMILIA
DE UN GENIO

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JAVIER SÁNCHEZ-ARJONA VOSER

BARCELONA 2026



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Bachs Welt*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2016 by Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek, Hamburgo
© de la traducción, 2026 by Javier Sánchez-Arjona Voser
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

La traducción de este libro ha disfrutado
de una ayuda del Goethe-Institut



Cubierta a partir de *Oraciones matutinas en la familia*
de Johann Sebastian Bach (1870), de Toby Edward Rosenthal

ISBN: 979-13-87964-24-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 16 382-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

1. LA LLEGADA	7
2. LA GUERRA	52
3. EL ASCENSO	102
4. LA BODA	150
5. LA PESTE	196
6. EL PADRE	237
7. LA PARTIDA	288
8. LA ODISEA	329
NOTA FINAL	375

Bibliografía

<i>Fuentes</i>	380
----------------	-----

<i>Obras musicales</i>	393
------------------------	-----

<i>Índice</i>	397
---------------	-----

<i>Árbol genealógico de la familia Bach</i>	411
---	-----

<i>Mapa de Sajonia en 1685</i>	412
--------------------------------	-----

[Acantilado no se responsabiliza del contenido de ninguno de los portales de la red mencionados en el libro].

¿Qué significa *muerto, desaparecido*?
¿Qué cosas están sujetas al tiempo
y cuáles no?

ALFRED DÖBLIN

1. LA LLEGADA

DE CÓMO UN MAESTRO PANADERO DE PRESBURGO HUYÓ A
TURINGIA Y LA HIJA DE UN TABERNERO SE ENAMORÓ DE
UN MÚSICO

A una milla de Núremberg dos salteadores barbilampiños de mediana estatura aparecen tras unos matorrales: uno, armado con un arcabuz de rueda, apunta a Veit, y el otro agarras las riendas de los caballos, que dócilmente llevan la carreta al borde del camino.¹ El primer salteador ordena bajarse y arrodillarse ante el cañón del arma a Veit, mientras sus dos hijos, de diez y catorce años, temblando de miedo, ayudan al otro asaltante a mover las cajas y los sacos. Entretanto, un poco más adelante, ha aparecido un tercer hombre armado con una espada: vigila que nadie se acerque por el camino. Reúnen los objetos más preciados en un hatillo y arrebatan a Veit la bolsa de monedas, decepcionados por su escaso contenido. No les interesan los dos o tres instrumentos que encuentran. Al ver el abrigo nuevo que recientemente se había hecho confeccionar Veit, se lo prueban, pero al comprobar que a los dos les queda demasiado largo arrojan al suelo la prenda, tan pesada que levanta sus sospechas. No obstante, cuando quieren recogerla para cerciorarse, el hombre de la espada da la voz de alarma: ha visto una nube de polvo a lo lejos, tal vez caballeros. Cargan con su botín y desaparecen entre los matorrales. Una semana después, cuando Veit y sus hijos llegan sanos y salvos a su destino, siguen recordándo-

¹ La referencia de la escena es la carta de Claudio Monteverdi del 12 de octubre de 1613, en la que el compositor relata un asalto cerca de Nogara, en el norte de Italia. Hay constancia del uso de arcabuces de rueda en el período alrededor de 1600: Stevens, p. 104 y ss., «Gewehre» ['Armas de fuego de cañón largo'].

lo todo vivamente, pero cada vez que lo mencionan el alivio que sienten acaba haciéndolos reír.

El desenlace habría podido ser muy distinto: el viaje habría podido acabar en esa carretera, o no haber empezado siquiera. Veit Bach habría podido evitar los riesgos que comportaba un viaje de cien millas alemanas, unos setecientos cuarenta kilómetros,¹ a través de Europa Central en 1591. Habría podido decidir no abandonar Presburgo, la actual Bratislava, ni vender su negocio—la panadería heredada de su padre—, ni cargar todos sus bienes y muebles en una carreta de caballos, ni coser las monedas en el abrigo nuevo, ni exponer a sus dos hijos a un viaje tan largo y peligroso. La vida en Presburgo habría sido aceptable, de eso no hay duda, mientras que poco se sabe con certeza sobre el largo viaje de Veit Bach, e incluso el hecho de que partiera de Presburgo ese año sólo pueden confirmarlo algunos indicios. No obstante, era previsible que en el trayecto se produjera algún asalto: el robo a mano armada que sufrió el compositor Claudio Monteverdi en el norte de Italia en 1613 y relató con detalle en una carta era igual de probable en el sur de Alemania en 1591, pese a que, según el testimonio de Günter Barudio, en esas décadas aún fuera posible circular por el Sacro Imperio Romano Germánico «amparado por la ley».² Sea como fuere, para Veit Bach la vida en Presburgo se había vuelto insoportable por diversas razones, así que una mañana de verano él y sus hijos, Caspar y Hans, cargaron su carro y emprendieron un largo camino. Empezaron cruzando la oscura Weidritzer Tor, prácticamente un túnel, al pie del promontorio donde se alza el castillo, atravesando el estrecho arrabal: a su derecha, la ladera sembrada de vides hasta el Hrad; al fondo los Cárpatos; a la izquierda, el Danubio, por cuya ribera discurre el camino a Viena.

¹ 1 milla equivale a 7,42 kilómetros.

² Barudio, p. 27 y ss., esp. p. 59.

Tres semanas después de la partida recorrían la última de cien millas. Viajaban por la ribera del río Apfelstädt, «Apfelstet flu.», como figura junto al topónimo Waichmar (Wechmar) en un mapa de la época;¹ antes lo hicieron junto al Ohra, atravesando Ordruff (Ohrdruf), una tierra amena de casas blancas y negras, de cuando en cuando algún castillo sobre un promontorio de altura discreta, un paisaje a pequeña escala muy distinto a las estribaciones de los Cárpatos que rodean y arrinconan contra el ancho Danubio la ciudad de Presburgo y su castillo amurallado con cuatro torres sobre una elevación, tan distintos de todo lo que vieron padre e hijos en las doce millas hasta Viena y más allá, Danubio arriba, pasando por Linz, hasta Ratisbona, y luego en Núremberg, situada en la vieja ruta comercial con destino a Hamburgo, salpicada de salteadores de caminos. Dejando atrás Bamberg, Coburgo, Eisfeld y Schleusingen, el padre Veit Bach y sus hijos Caspar y Hans condujeron la carreta de caballos por un camino forestal que atravesaba el bosque de Turingia: pasaba por Wandersleben en dirección a Érfurt y la *via regia*. En Oberdorf dejaron este camino para dirigirse al norte por la antiquísima vía de Meinbold, la misma por la que Bonifacio de Maguncia llegó en su día a «Ordorp», la actual Ohrdruf. Una vez quedó atrás el río Ohra, pasaron junto a cuatro molinos, y finalmente vieron un batán en el margen izquierdo del río Apfelstädt.

Les llamaron la atención unas mujeres arrodilladas aquí y allá en los campos,² siempre en grupos de cuatro o cinco, en torno a un montículo verde de dos pies de alto, vestidas con largas faldas, pañuelos de vivos colores atados a la cabeza y los antebrazos descubiertos. ¿Qué estarían haciendo? ¿Cosechando? A Hans, de diez años, le pareció como si estu-

¹ Blaeu.

² La referencia son xilografías en el museo histórico del castillo de Friedenstein en Gotha.

vieran amasando panecillos. El maestro panadero Veit desmontó para preguntar. «¿Panecillos? ¡Ah, pancitos!—respondió una de ellas con marcado acento turingio, riendo—. Sí, por uno de estos pancitos te dan una bolsa entera de pancitos de verdad. Si no los conocen es que vienen de lejos, ¿verdad? Pero no hay que abusar, porque son mágicos».¹ Tomó una bola verde, húmeda aún, con cuidado para que no se deshiciera, y Veit vio que estaba formada por restos de hojas. «¡Glasto!—dijo la mujer—. Hierba pastel, con ella hacemos tinte azul». En la vecina Gotha, les contó, los más ricos eran los comerciantes de glasto: habían construido una lonja más suntuosa que un palacio. Entonces colocó la bola en un montón que iba creciendo para que se secara. Era mediados de julio y no se esperaban lluvias. «Vienen de lejos—repitió otra de las mujeres—¡nadie de aquí habla así!». «De Presburgo», respondió Veit, al que le costaba entender el acento. Ella no había oído hablar nunca de Presburgo, de Viena sí. Lo miró con recelo y Veit respondió a su pregunta tácita: «No somos católicos, por eso venimos».

Era una explicación muy simplificada. Desde hacía una generación, con la batalla de Mohács en 1526, Presburgo vivía a la sombra del Imperio otomano, que se extendía hasta Creta y cuya frontera transcurría ochenta kilómetros al sudeste de Presburgo, apenas a once millas Danubio abajo. Sobre el papel regía una frágil tregua, a merced de los turcos, pero se atisbaba la inminente guerra con ellos, que duraría quince años. Avanzaban Danubio arriba, ya controlaban Gran. A Viena le faltaba el dinero para mantener su ejército de mercenarios formado por aventureros de Europa;² el emperador Rodolfo II, refugiado en la lejana Praga, se había convertido en una figura indefensa. Desde que la vieja capital

¹ A día de hoy sigue habiendo nueve dialectos principales en Turingia, entre los que existen sensibles diferencias de un pueblo a otro.

² Schrodll, pp. 65-71.

húngara de Ofen (hoy conocida como Buda, parte integrante de Budapest) estaba bajo administración turca—es decir, desde 1536—, Presburgo se había convertido en el centro del territorio no ocupado, más o menos la superficie que corresponde a la actual Eslovaquia. Precisamente por ese motivo, los partidarios de la Reforma lo tenían aún más difícil allí que en el resto de ciudades de Hungría, ya que el gobernador real de Presburgo era nada menos que el arzobispo católico János Kutasy, expulsado de Gran. Las finanzas y la administración se encontraban en manos del alto clero, que despojaba de sus posesiones a los nobles húngaros, preferiblemente a los protestantes, aduciendo los pretextos más peregrinos.

Estos nobles sintieron cierto alivio en 1581, cuando el clérigo protestante Andreas Reuß se mudó a la vecina villa de Ratzersdorf, la actual Rača, para predicar en la iglesia local: en Presburgo tales servicios sólo eran posibles en casas privadas. Muchos fieles a la Confesión de fe de Augsburgo peregrinaban cada domingo para escuchar a Reuß en Ratzersdorf: Veit y su familia seguramente también lo hicieron. No obstante, cualquiera que acudiera allí y recibiera la comunión según el rito reformado tendría problemas en Presburgo, por mucho que la administración de la ciudad apoyara a los luteranos. A ello se sumaban las divisiones entre los protestantes, para alegría de los jesuitas, que actuaban desde Roma. La mayoría de los magiares eran partidarios del reformador helvético Calvino y se distinguían de los luteranos germanoparlantes por su rigorismo. Con todo, en ese momento se trataba de disensiones sin mucha trascendencia: hacía tiempo que en Presburgo no se torturaba o quemaba a protestantes, como ocurría cuando el abuelo de Veit llegó a la ciudad. Algún otro motivo tuvo que impulsar a Veit a marcharse a Turingia pasando por Viena y Núremberg.

«Seguro que Viena—dijo la mujer—está a varios días de distancia». «Un par de semanas—respondió Veit—, tres semanas con esta carreta». «¡Qué exagerado!», replicó ella

en turingio. «¿Y cuál es vuestro destino?». «Wechmar». «¡Wechmar! ¡¿! La ciudad vecina!?!». «*Nuestra* ciudad—sugirió Veit—, mi abuelo nació allí, él también era un Bach, igual que yo: me llamo Veit Bach». Conocían el apellido: un tal Lips Bach era maestro de caminos y carreteras, y su padre, Hans Bach, fallecido recientemente a la avanzada edad de sesenta años, tenía licencia de pesca en el caz del molino.¹ «Seguramente era mi tío. Aquí tenemos a otro Hans—dijo acariciándole la cabeza a uno de sus hijos—, y este muchachito tan guapo es mi Caspar, y...—prosiguió taciturno y ensimismado—...y esa belleza de ahí es mi Marie». Vio a su esposa ante sus ojos, su delicado semblante con las mejillas que de vez en cuando se teñían de un rubor como de aurora: fue muy feliz con ella, pero también muy desdichado cuando perdieron a las dos criaturas que llegaron después de Hans y Caspar. El invierno anterior, cuando Marie murió a los treinta y siete años de fiebre puerperal, al poco de fallecer la última hija recién nacida,² el hervidero que era la ciudad de Presburgo se convirtió en un cementerio para Veit. Todo estaba muerto, vacío, los montes se alzaban como murallas, el cielo parecía gélido y oprimente. Le afectó tanto que dejó de sentir nada, a pesar de su fe en Dios.

En el vocabulario de Veit no figuraban palabras como *diversión* ni *sentimiento*: en 1591 sólo existían para un círculo muy reducido, pudiente, de príncipes, para los que se componían madrigales en Italia, que ciertamente ya inspiraban al Norte; también existían para William Shakespeare en Londres, del que Veit no oyó hablar en su vida; y Michel de Montaigne reflexionaba sobre la alegría y los sentimientos en su castillo de Périgord. Pero ningún maestro panadero alemán pensaba en esas cosas. Por supuesto que sentía y cantaba. Durante el viaje de cien millas su alma había estado tranqui-

¹ Kock, p. 243, Kreuch 2000, p. 21.

² No nos ha llegado nada de la mujer de Veit Bach.

la, a pesar de sus miedos y de la incertidumbre, pero ante el rostro redondo de aquella campesina con la que se cruzó poco antes del final de su viaje volvió a asaltarle el recuerdo, le desgarró el corazón, y de inmediato se escuchó diciendo, ufano: «Soy maestro panadero, quizá pueda hornearos unos panecillos, ¡pancitos, perdón!, que os plazcan». «El señor Isser seguro que necesita que le eche una mano—respondió ella con su deje turingio—llame a su puerta».

«¿Qué están moliendo allá?», preguntó Caspar mirando a un hombre con sombrero de ala ancha que trotaba a lomos de un caballo alrededor de un molino moviendo en círculo una muela dentada vertical que rodaba sobre la solera sujeta con un eje a una estructura sencilla.¹ «Es el molinero de los pancillos verdes», le explicó la mujer. Allí se molían las hojas de *Isatis tinctoria*, previamente lavadas y secadas, hasta obtener la densa pasta que el hombre extraía de la solera a fuerza de moler. La fermentación, que ya había comenzado, producía un aroma particular: más tarde, cuando los tintoreros de las ciudades emplearan esa pasta en sus talleres junto a los ríos, despediría un olor nauseabundo; pero entonces, bajo el sol de finales de julio, se entremezclaba con el aroma de los campos: para Veit era el olor de un nuevo mundo. Aquel aire que olía tan distinto le indicaba que por fin estaba lejos de Presburgo, ya muerta y vacía para él; atrás habían quedado la amenaza otomana, el dominio de Roma, los rigurosos partidarios de Calvino, pero no su Marie: por fin podía ofrecer a sus hijos, que tanto se parecían a ella, un futuro.

*Mein Gott, hier wird mein Herze sein:
Ich öffne dirs in meines Jesu Namen;
So streue deinen Samen
Als in ein gutes Land hinein.*

¹ La referencia procede de xilografías en el museo histórico del castillo de Friedenstein en Gotha.

*Mein Gott, hier wird mein Herze sein:
Lass solches Frucht und hundertfältig bringen!
O Herr, Herr, hilf!
O Herr, lass wohlgelingen!*

[‘Dios mío, toma mi corazón, | te lo entrego en el nombre de Jesús amado; | esparce en él tu semilla | como en una tierra fértil. | Dios mío, toma mi corazón | y haz que dé abundantes frutos | ¡Oh, Señor, Señor, ayúdame! | ¡Oh, Señor, haz que dé frutos!].¹

Ciento veinte años más tarde, Johann Sebastian Bach compuso la música para estos versos de su contemporáneo Erdmann Neumeister como *recitativo accompagnato* en una cantata con dos flautas y cuatro violas interpretando el *basso continuo*: una instrumentación a la antigua para la época. Se diría que el compositor quiso regresar a los primeros tiempos de su familia, que prosperó en esa tierra.

Llamo, por segunda vez en este día de enero, a la puerta de la vieja escuela, que se encuentra en la plaza de la iglesia. Vientos huracanados hacen pasar las nubes sobre Wechmar como en cámara rápida. «Tiene que estar en casa», me ha asegurado la mujer del museo mientras buscaba el número de teléfono correcto, porque el que tenía apuntado en mi cuaderno estaba mal. Pero nadie responde. «Tendría que estar», me había dicho la víspera el alcalde de Gotha, que lo conoce muy bien. Luego se levantó de un salto y se dirigió a su escritorio para avisar de mi llegada, pero nadie atendió al teléfono. Previsiblemente, no iba a ser tan sencillo encontrar a un hombre que descende en línea directa de Johann Sebastian Bach—el tataranieto de aquel primer Veit—, y que, a la edad en la que Bach murió, decidió mudarse con su mujer a Wechmar, donde todo empezó. Hasta aquí he llegado desde la parada del 354—que cubre la línea entre Gotha y Arn-

¹ JSB, recitativo de la cantata BWV 18 *Gleichwie der Regen und Schnee vom Himmel fällt* [‘Como la lluvia y la nieve caen del cielo’].

stadt—cruzando el río por la calle Brückstraße, en la que no había un alma, pasando junto a un imponente expendedor de preservativos, de tonos azules y blancos, una invención que llegó demasiado tarde para privar a Europa de su familia más musical y al mundo de uno de sus principales compositores. Y, llegado a la curva, he subido por unas escaleras...

Desconocemos todo de la mujer de Veit, la madre de sus hijos. Ni en el limitado archivo de Wechmar ni en la bibliografía fundamental se encuentra rastro de ella. ¿No se llamaba Marie? En realidad, empleo este nombre en representación de las mujeres innombradas no sólo en la historia de los Bach, sino de toda la humanidad, mujeres inasequibles para la historia que las eclipsó. Nuestra fuente es la copia de más de doce páginas en la que el *Thomascantor* dejó escrita en 1735 la primera genealogía de una familia musical. Las anotaciones de este documento titulado *Origen de la familia musical de los Bach*, que cubre ciento treinta años de historia familiar, están dedicadas a cincuenta y tres varones y sus familias. Con una caligrafía adornada, vigorosa, inclinada hacia la derecha, se anotó lo relativo al miembro «n.º 1»:¹

Vitus Bach, maestro de pan blanco en Hungría,² tuvo que huir de allí en el siglo XVI a causa de su religión luterana. Después de liquidar todas las pertenencias que pudo, se marchó a Alemania, y, como en Turingia halló suficiente seguridad para la religión luterana, se estableció en Wechmar, cerca de Gotha, donde continuó ejerciendo el oficio de panadero.

Así comienza la anotación sobre Veit, con esa imponente caligrafía, que no es de Johann Sebastian Bach, sino de su

¹ Bach Dokumente I, pp. 255-267.

² El oficio alemán *Weißbäcker*, literalmente ‘panadero blanco’, se distinguía del *Schwarzbäcker*, literalmente ‘panadero negro’, por el tipo de grano de las harinas: trigo principalmente en el caso del blanco; centeno en el del negro. El primero estaba mejor considerado, de ahí que los Bach subrayaran la especial condición de su antepasado. (*N. del T.*).

nieta. El original, que se ha perdido, lo copió Anna Carolina Philippina Bach, hija de Carl Philipp. Y su prima de Bückeburg, Anna Philippina Friederica, fue la nieta del *Thomas-cantor* sin la que no existiría el actual propietario de la vieja escuela cuyo timbre vuelvo a tocar.

Veit y sus hijos se aproximaban a Wechmar: ninguna autopista les impedía ver el pueblo, y la enhiesta torre de la iglesia podía adivinarse sobre un promontorio a la derecha del camino, al sur del río. A la izquierda, un caserío apartado, compacto como una pequeña fortaleza, con caballos y carros en la entrada. «¡Una venta, padre!—exclamó Caspar—. Ahí podríamos alojarnos y comer, ¡ya tengo hambre!».

Veit alzó la vista hacia el pueblo, a su derecha, al que conducía un puente de piedra situado enfrente de la venta y cerrado por una barrera. Allí arriba quería detenerse y soltar los caballos, no abajo, ante una barrera, como un extraño a las puertas del pueblo del que provenía su padre. En algún lugar podrían quedarse: en casa de su pariente o en la de Isser, Eißer, el maestro panadero del que le hablaron las campesinas. La venta junto al río pertenecía al conde de Gleichen, el señor feudal en cuyos dominios se encontraba el pueblo.¹ Veit tuvo que pagar un peaje para cruzar el puente de piedra; una vez hubo dejado atrás el río subió una cuesta no muy empinada, tomó una curva a la izquierda, luego otra a la derecha, y llegó a Marktplatz, donde se detuvo: enseguida se acercaron tres campesinos. Veit les preguntó por Lips, su pariente según suponía, y así supieron que aquel hombre de gran estatura no era del todo forastero, a pesar de su forma de hablar, extraña y ruda. Dejó a sus hijos en la plaza, junto al carro, y fue a pie hasta la casa de Lips, que según le dijeron era tapicero,² además de campesino. Ya en la puerta un niño de unos seis años le dijo que su padre estaba en el campo y la madre enferma, pero a Veit le pareció que el pequeño lo miraba con tanto re-

¹ Kreuch 2004, p. 38 y s.

² Kock, p. 111.

celo que no se atrevió a presentarse como un tío abuelo lejano: se limitó a decir que regresaría al día siguiente. Volvió sobre sus pasos cansado, las sombras de las casas se proyectaban ya sobre la calle, y al llegar a la plaza encontró a sus hijos con un señor regordete de su edad: la casa frente a la que habían detenido el carro era la suya, y se trataba del maestro panadero Hein Eißer.¹ Mientras que el pequeño Hans permanecía de pie apartado y en silencio, su vivaz hermano mayor, Caspar, se había ganado la simpatía del panadero, que les ofreció alojamiento aquella noche, y algunas más.

Aparte de lo que el propio *Thomascantor* logró averiguar sobre su familia, poco sabemos de cómo empezó todo realmente, qué Veit Bach llegó a Wechmar y cuándo; ni si Veit era el padre o el abuelo de los hermanos Hans y Caspar; ni qué parentesco tenían los recién llegados con los Bach ya establecidos en Wechmar. Bach no era de una familia noble cuya supervivencia política dependiese del riguroso registro de la historia familiar. Recopiló lo que se contaba en su familia sobre sus antepasados; y los registros parroquiales en Wechmar sólo empezaron en 1618: los anteriores se perdieron. Además, Johann Christoph Bach, de Gehren, señaló en 1727 que la «familia Bach, mundialmente célebre» ya se encontraba en Wechmar en 1504.² Que el apellido Bach apareciese en Turingia ya en la Edad Media no contribuye a clarificar el asunto.

No obstante, tenemos la referencia a Hungría. Johann Sebastian escribió *Ungern*, Hungría, la variante barroca de la época. Con ello se refería al área no ocupada por los otomanos: la actual Eslovaquia. ¿Fue un solo Veit el que emigró allí desde Wechmar, donde terminó regresando? ¿Habría tenido tiempo entonces de prosperar lo suficiente como para empezar de nuevo en Turingia? Sin duda. Puesto que sus hijos debieron nacer en torno a 1580, él podría ser del año 1555, ha-

¹ Kreuch 2000, p. 22. ² Müller y Wiegand, p. 23.

ber emigrado a Presburgo a los veinte años—pero ¿por qué motivo?—y haberse establecido allí en los siguientes quince años hasta que, en la década de 1590, habría decidido regresar a Wechmar. Pero en tal caso lo que no cuadra es que la única leyenda familiar que se haya transmitido sea que fue un «maestro de pan blanco en Hungría», porque difícilmente se hablaría en esos términos si fuese oriundo de Turingia. No obstante, si realmente había nacido en la actual Eslovaquia, ¿por qué se habría marchado de su región natal para establecerse precisamente en Wechmar? ¿Por qué no habría ido de Presburgo al este, por ejemplo a Cassovia, la actual Košice, de mayoría protestante? ¿Por qué recorrió con treinta y pico años setecientos cuarenta kilómetros para asentarse en una pequeña localidad de seiscientos habitantes y no—si realmente buscaba una región protestante—en una ciudad con más oportunidades para sus hijos, como Gotha o incluso la floreciente Érfurt? Debía de tener vínculos con el pueblo.

En 1526 se retiró de la iglesia de San Vito en Wechmar la reliquia del santo homónimo (en alemán Veit) y la cruz penitencial para quemarlas delante del templo.¹ No es descabellado imaginar que no todos lo celebraran, que pudo resultar aterrador contemplar el viejo mundo arder en llamas, inmediatamente después de la sangrienta guerra de los campesinos alemanes, ni que hubiera personas que no compartieran el sentir de la mayoría. Posiblemente ya entonces algún Bach mostró la rebeldía que encontramos una y otra vez en la familia. Cabe pensar que los Bach debieron de ser luteranos desde tiempos inmemoriales, pero en ningún caso antes que el propio reformador. Así pues, es posible suponer que el abuelo de Veit Bach huyera de la Reforma cuando tenía poco más de veinte años, y que décadas más tarde, en circunstancias muy distintas, su nieto decidiera abandonar Wechmar para establecerse en Presburgo, ya entonces un bastión cató-

¹ Mai, p. 24.

lico en una Hungría por lo demás bastante reformista, adonde efectivamente conduce otro indicio.

En 1780, el escritor de Presburgo Matthias Korabinsky, que poseía una copia manuscrita de la crónica familiar de los Bach y presumiblemente tenía contacto con Carl Philipp Emanuel Bach, también célebre en los círculos austríacos, se refería a Veit sin más como «maestro de pan blanco en Presburgo» y mencionaba algunas familias alemanas con el apellido Bach que seguían viviendo en la ciudad. Los expertos en Bach fueron más tarde lo suficientemente concienzudos como para averiguar, gracias al archivo municipal y los registros de los gremios de la actual Bratislava, capital de Eslovaquia, que a partir de 1580 un considerable número de panaderos de la ciudad se apellidaban Bach y poseían siempre inmuebles inmejorablemente situados. Hasta el siglo XIX los Bach siguieron ejerciendo este oficio a orillas del Danubio, y parece que en la región prosperó una dinastía de panaderos en paralelo a la de músicos en Turingia. En 1569, los panaderos de Presburgo inauguraron su registro gremial, en el que no aparece ningún Veit, pero la omisión puede deberse al simple hecho de que nadie llevaba el libro con rigor, pues hay muchas páginas en blanco.¹

Después de meter la carreta en su patio, Hein Eißer acompañó a los agotados viajeros a la taberna de la plaza, ruinoso hacía años,² pero desde cuya puerta medio caída y abierta seguía bullendo la vida nocturna de los artesanos y labriegos de Wechmar. Seguramente habría unos veinte hombres reunidos y la sonora conversación o las risas avivadas por la cerveza debieron dar paso al silencio cuando el maestro panadero Eißer, entrando en el local acompañado de un hombre alto y dos muchachos, gritó: «Aquí tenemos a tres que son a la vez forasteros y lugareños, de la familia Bach: el hijo y nieto de un Veit, cuyo abuelo se marchó a Hungría hace

¹ Zavarský. ² Kreuch 2004, p. 30.

una generación». Luego pidió que les hicieran lugar y llamó a Schmied: «Mira a ver si te queda un buen trozo de carne asada, y para empezar trae una jarra de cerveza». De inmediato, los curiosos interrogaron en desorden a Veit y Caspar haciéndoles preguntas que apenas entendían. Caspar siempre era extrovertido con los desconocidos que se le acercaban, y también su padre, aún presa de la triste añoranza por su difunta esposa desde la tarde en que se cruzaron con las campesinas, se entregó gustoso a la bulliciosa camaradería de aquellos hombres rubicundos. Al pequeño Hans, de tan sólo diez años, todo aquello le parecía un sueño, un espectáculo de teatro al final de semanas de viaje, y terminó durmiéndose sobre el banco con las mejillas encendidas.

Y mientras Schmied, el orondo tabernero,¹ servía el asado, los de Wechmar explicaron interrumpiéndose mutuamente quién llevaba la voz cantante en el pueblo.² Los viajeros, cansados tras el largo camino, oyeron numerosos apellidos que no lograron memorizar: Von Spitznase, Von Weidensee, Von Kromsdorf, Von Berga y Marschalk, familias nobles con propiedades en la región, una parte de ellas arrendadas. Uno de los hombres de la taberna servía en casa de Hans Hertel, el inquilino del castillo con foso, que en su día perteneció a la dinastía más antigua de la zona, la familia Von Wechmar, a quienes los Von Gleichen tuvieron que rendir incondicional pleitesía: pero de eso hacía dos siglos y medio, y su castillo con foso pasó a manos de los Von Berga por vía matrimonial. «¿No han visto el castillo a pocos pasos de aquí, esa construcción imponente?», les preguntaron. Veit recordó el castillo de Presburgo en la cima del promontorio sobre el Danubio, más grande que todo aquel pueblo junto. «Más que el castillo con foso—dijo con desdén otro, mayor, al que todos parecían profesar mucho respeto—deberían ver el aserradero de Frossen, una maquinaria así es más importante que cualquier

¹ Kock, p. 180. ² Kreuch 2004, p. 26 y s.

vieja muralla». «Eso—murmuró junto a Veit el criado del inquilino del castillo—lo dice el maestro molinero porque no cabe de orgullo desde que Frossen cortó la madera para su casa; ya se la enseñará Kritzmann». Y así fue, pronto los Bach conocerían hasta el último detalle de Wechmar y sus gentes.

Lógicamente también interrogaron a Veit, pero apenas daban crédito a lo que el extranjero les contaba de Presburgo:¹ que allí, para poder celebrar la comunión tal y como se hacía en Wechmar tenían que salir de la ciudad y acudir a Ratzersdorf, a una hora de camino, a menos que fuesen amigos del conde Kollonich, que poseía en Presburgo una casa que casi era un castillo, con foso y puente levadizo, y tenía un clérigo protestante en su corte que predicaba allí bajo la protección del poder condal; que se había negado la posibilidad de casarse a una pareja de cristianos porque fueron vistos en un oficio de Ratzersdorf; que a sólo dos jornadas de marcha ya se topaba uno con los turcos junto al Danubio. «¿Y tu mujer?», le preguntó el panadero Hein con fuerte acento local. Veit se cubrió la cara con las manos y todos lo entendieron, bajaron la voz y no preguntaron más.

Actualmente el cartel del café, restaurante y pensión *Gol-dene Löwe* ['León de Oro'] reza: «Capacidad para cien comensales, siete amplias habitaciones dobles», y se encuentra en la curva de la calle que lleva a Marktplatz, la plaza del mercado, hoy desierta, donde lo único que se escucha es el chirrido de los escudos colgados en una estructura en forma de árbol, movidos por el viento de invierno. El imponente edificio, pintado de amarillo claro y con un reloj en el tejado, se encuentra desde 1767 en Wechmar, donde antaño estuvo la taberna del pueblo: ya no se conserva ninguno de los edificios que los Bach vieron, ni en los que vivieron o trabajaron. También la panadería tenía otro aspecto cuando su propietario alojó y empleó a Veit y sus hijos. El horno se encontraba

¹ Schrodll, pp. 65-71.

frente a la taberna,¹ pero en una casa más pequeña, y sólo en 1627 se integró al edificio que hoy desafía al viento en Marktplatz, más ancho que alto, con las típicas vigas de madera en las paredes de la fachada del piso superior (el conocido *Thüringer Leiter* o entramado de madera): siguió siendo una panadería durante trescientos años, hasta la década de 1960.

Knut Kreuch, hijo de un tapicero de Wechmar, la convirtió en museo. Nacido en 1966, ya le apasionaba la historia de su pueblo desde que tenía catorce años, y a los dieciocho solicitó a las autoridades competentes de la RDA que crearan un museo de los Bach en el antiguo horno. «A todos les gustaba ir allí porque era la carnicería del pueblo, y Ede, que así se llamaba el dueño, también vendía otras cosas bajo cuerda». No obstante, en aquellos años le contestaron que estaba muy bien que los jóvenes se interesaran por la historia, pero el abastecimiento de la población era prioritario,² como me cuenta la víspera de mi viaje a Wechmar el propio Knut Kreuch, alcalde del ayuntamiento de Gotha. No es un hombre muy alto, pero sin duda es echado para adelante (sólo su corto cabello negro parece retroceder). Lleva un traje oscuro y camisa blanca con corbata de rayas oblicuas rojas y blancas. Cita de memoria y a toda velocidad datos del *Origen de la familia musical de los Bach*; sólo reduce ostensiblemente el ritmo cuando llega a «Bach se estableció en Wechmar, cerca de Gotha».

Con la Reunificación el edificio volvió a manos de su antiguo propietario, a quien pudo comprárselo el gobierno municipal. Desde entonces, la *Bach-Stammhaus* ['Casa Ancestral de los Bach'] en Wechmar es la principal atracción del lugar. En la planta baja se encuentra el gran árbol genealógico, que explica una amable señora mayor de Wechmar: «Las mujeres de la familia no figuran», dice escuetamente. Arri-

¹ Kreuch s.f., p. 2.

² Knut Kreuch, conversación con el autor el 8 de enero de 2015.

ba puede verse una fotografía de 1929, cuando la panadería se llamaba Ludwig y tenía un anuncio del detergente Persil junto a la entrada, probablemente justo en el lugar en el que colgaba hasta hace poco la primera placa conmemorativa de la época del Imperio alemán. En 1997 esta placa se colocó en la planta superior, clavada en el suelo, junto a la chimenea (en Wechmar no se tiran las cosas a la primera de cambio, por mucho que los tiempos cambien). Asimismo, en una vitrina de cristal puede verse la caja de Deutsche Grammophon con la grabación que Karajan hizo de la *Misa en si menor* en 1966, junto a una mandolina y un arpa de boca. Y, cómo no, también hay una vitrina con cistros, antiguos cordófonos pulsados, porque con ellos comenzó la música de los Bach.

Para Johann Sebastian Bach no cabía duda de que el «maestro de pan blanco» Veit, el primero de su genealogía, no sólo era luterano, sino también aficionado a la música. En su *Origen de la familia musical de los Bach* proseguía escribiendo: «Nada le gustaba más que el cistro (*Cythringer*), que solía llevar al molino para tocar mientras molía. (¡Qué bello debía sonar! Aunque seguramente usaba el molino para llevar el ritmo). Éste fue el origen, por llamarlo así, de la música entre sus descendientes».¹

Así pues, Veit poseía un cistro, un instrumento renacentista de cuerda pulsada con cuatro cuerdas dobles. Que Johann Sebastian sugiera que su antepasado debió aprender a tocar al compás del traqueteo del molino demuestra que, como todo biógrafo, tendía a dotar de sentido *a posteriori* los acontecimientos: el molino pasa a integrarse en el universo de la música, casi elevado, si no a instrumento, al menos a metrónomo. Es una idea sorprendentemente moderna que recuerda algunas piezas del siglo xx en las que se intercalan sonidos industriales y de motores. El interés de Bach por el molino invita a relacionar música y realidad, algo que

¹ Bach Dokumente I, p. 255.

los vecinos de Wechmar lograron literalmente a golpe de hacha en el año 2000.

Lo primero que averiguó Kreuch fue que existían vínculos entre los Eißer y los Bach, y también que desde 1600 la familia Eißer era propietaria del molino de arriba, así que allí debió tocar y cantar Veit. Las partes más antiguas del molino que se conservan son, al parecer, de 1685, y lo sabemos porque los orgullosos vecinos de Wechmar decidieron conservar la construcción como atracción turística. Hace unos años, cuando el cerrajero y administrativo Kreuch era alcalde de la localidad, se decidió demoler el ruinoso molino: «Ya habían empezado las obras y recibí una llamada: “Ven corriendo al molino, hemos encontrado algo”». Un obrero clavó el hacha en una pared y vio que era de madera: «Descubrimos entonces unas vigas gigantescas. Así que ordené detener los trabajos de demolición y llamar a Patrimonio». Habían aparecido unas gruesas vigas de abeto, perfectamente cortadas, casi todas del mismo ancho y largo, que reforzaban la estructura de toda una habitación con el método tradicional en Turingia. Quienes podían permitirse pagar un entramado de madera en época de Veit dejaban a la vista las vigas en la fachada, y las de este molino datan de 1585, lo que las convierte en algunas de las primeras vigas turingias cortadas en aserradores hidráulicos. Así que ése fue el año en que los Kritzmann añadieron una planta al molino que en 1600 traspasaron a los Eißer. Actualmente el edificio se encuentra completamente restaurado y algo aislado, a las afueras del pueblo.

A los pocos días de llegar Veit desempaquetó su cistro, y lo mismo hizo Caspar con su corneta forrada de cuero y Hans con su flauta: la afición a la música era común en aquellas tierras.

*Es ist sonderlich heut bey Tage in Thüringen
da die Bawren Knechte und Jungen
ob sie schon die Woche lang hinder dem Pfluge hergehen*